

Editorial

Es innegable que la fe cristiana gira en torno a la carne. Es más, ninguna otra religión o filosofía concede a la carne tanta dignidad. Sin embargo, paradójicamente, al cristianismo se le reprocha una suerte de enemistad perpetua contra la carne. El número que aquí ofrecemos quiere ser una modesta contribución en orden a despejar este terrible malentendido, sin dejar de reconocer que semejante confusión se debe, en buena medida, a los propios cristianos.

Jesús es la Palabra hecha carne: verdadero Dios y verdadero hombre. Vivió, murió y resucitó como tal. Esta es la Buena Noticia y, a la vez, el gran escándalo. El Hijo del Padre eterno se abajó por amor, se hizo uno de nosotros, “y así compartió en todo nuestra condición humana, menos el pecado” (*Plegaria Eucarística IV*). La humanidad de Jesús no es un tema accesorio, sino que en ella se juega la salvación misma. Tertuliano lo resumió de manera genial en apenas tres palabras: *caro cardo salutis* – la carne es el quicio de la salvación. Efectivamente, lo que no es asumido no es redimido. Por eso fue necesaria la encarnación, para que “donde abundó el pecado, sobreabundara la gracia” (Rm 5,20). Y en esta misma lógica se inscribe la resurrección, tanto de Cristo como de los cristianos. No esperamos una vida futura fantasmagórica, sino la felicidad de ser radicalmente humanos, es decir, carnales. Porque, para nosotros, la vida es sinónimo de cuerpo. Bien nos lo recordó Gabriel Marcel: no tengo cuerpo, sino que soy cuerpo.

Bíblicamente, la carne no es la mera materia sino la vida psico-somática con su característica fragilidad. Precisamente este matiz es lo que capta el Prólogo de san Juan al decir que la Palabra se hizo *carne*, cuando podría haber dicho *hombre*. No en vano Jesús les advierte a sus discípulos en el huerto, que “el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil” (Mt 26,41). En nosotros la debilidad creatural se ve agravada por la realidad del pecado, que resiente nuestra naturaleza, impidiéndole reflejar a Dios como en el principio. Es lógico que esta conciencia nos invite a la cautela, incluso a una cierta ascesis. Pero eso no significa que la carne deba ser objeto de una sospecha eterna. Porque el hombre está herido pero no corrompido; y todavía es mucho lo que Dios insinúa de sí en esta carne nuestra que es obra de sus manos, plasmada a su imagen.

La carne también es sinónimo de historia. Somos en el tiempo y en el contexto de una trama, humana y cósmica. Por un lado, la carne me distingue, me diferencia; por otro, me permite comulgar con los demás. La carne es el sacramento de la persona. Es la misteriosa mediación que hace presente la identidad humana, siempre intransferible. Por eso procuramos honrar la carne, propia y ajena, evitando tanto su desprecio como su idolatría. Nuestro tiempo ha recuperado notablemente el valor del cuerpo, pero muchas veces la atención dada al físico no

encuentra una correspondencia semejante en el ámbito espiritual. Y esto es algo que atañe directamente a la misión de la Iglesia. Para descubrir el alma que late en la carne hace falta una mirada delicada, en cierto sentido piadosa.

En otro orden, la carne le recuerda al hombre su pertenencia al reino animal. Somos este cuerpo concreto que nos constituye varón o mujer. La ecuación es binaria, aunque hoy en día exista una poderosa corriente de opinión que pretenda negar este dato duro de la realidad. Entonces resulta curioso, por no decir contradictorio, que la bandera ecologista flamee a la par de la bandera transgénero. Pues no cabe jugar a dos barajas: si la naturaleza pide ser respetada, eso aplica también para el hombre. Ya lo dijo a su modo Pascal: el hombre no es ángel ni bestia, pero si pretende ser un ángel termina haciendo el papel de una bestia. La carne tiene su logos, su palabra, que habla –tarde o temprano– a pesar de todas las restricciones mentales que se le quieran imponer. Los médicos y los psicólogos saben que esto es así. No sólo habla desde el cuerpo sino también desde las emociones. El placer y el dolor atraviesan la carne, inevitablemente, pero es la libertad la que decide si el gozo y el sufrimiento se abren o no a la comunión, humana o divina.

Todo en nosotros pasa por la carne. También así lo quiso Dios en Jesús, a tal punto que perpetuó su presencia en el sacramento de la eucaristía: “el que come mi carne y bebe mi sangre tiene Vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día” (Jn 6,54).

En la primera contribución Olivier Boulnois estudia el significado de la carne en las cartas de San Pablo: tema difícil en el que siempre son bienvenidas las clarificaciones. Luego, desde una perspectiva sistemática, José Granados escribe sobre la implicancia de la Encarnación para nuestra comprensión de la carne.

En un registro fenomenológico, Paola Ambrosioni y Francisco Diez Fischer se abocan, respectivamente, al tacto y al olfato, poniendo de manifiesto lo propio de esos sentidos, a los que a menudo no concedemos mayor importancia, aunque influyen fuertemente en la manera en que nos relacionamos con el entorno.

En una época marcada por la fabricación, Fabrice Hadjadj invita a tomar conciencia sobre la conveniencia de haber nacido, como un modo de reconciliarnos con nuestra identidad humana, mientras que Rachel Coleman se vale de la metafísica de Ferdinand Ulrich para mostrar en qué sentido la materia es reveladora del amor divino.

Por último, en la sección *Perspectivas*, Andrés Di Ció reflexiona sobre el sentido de la liturgia cristiana tomando como base la segunda parte del Catecismo de la Iglesia Católica, a 30 años de su publicación.